



Revista de Fomento Social, 47 (1992), 421-427

Se acabó el 92: hora de balances

Se acaba el 92 ...y es tiempo de hacer balance. ¿Y no cabría resumir la visión que de nuestro país se nos ha ofrecido, sobre todo durante los meses de verano, en términos de esquizofrenia colectiva? Que ha sido una situación artificial lo muestra el hecho de que, en España, hemos pasado, en tres meses, del triunfalismo y el fasto a las llamadas alarmistas pidiendo austeridad.

Consejo de Redacción

El Quinto Centenario, ¿Celebración Central del 92?

El gobierno español vendió con habilidad la idea de 1992 como un reto a toda la sociedad española, de cuyo éxito dependía supuestamente el salto a la modernidad, la imagen exterior del país y la propia autoestima de los españoles. España disponía de este año mágico para demostrar que estaba alcanzando los puestos de cabeza en el concierto mundial. En buena parte, lo ha conseguido. La Expo, la Olimpiada o el Madrid-cultural son las mejores muestras de ello. España -al menos, una buena parte de ella y, desde luego, sus gobernantes- se siente orgullosa de todo ello.

Cabe, sin embargo, preguntar si era ésa la mejor celebración del Quinto Centenario (1). Más bien habría que reconocer que -quizás afortunadamente- no ha habido

(1) En el editorial del primer número del presente año (nº 185) expresamos la opinión de la Revista sobre el Quinto Centenario y la necesaria solidaridad con América Latina. Para no repetirnos, nos remitimos a él.

una celebración propiamente dicha del Quinto Centenario, salvo en pequeños acontecimientos. Pero en los grandes fastos del año (Olimpíada, Expo, Madrid cultural) su eco ha sido más bien reducido. Ya eso es significativo, porque se hubiera podido celebrar de otra manera. Y no han faltado las voces -minoritarias, eso sí- que lo han sugerido y criticado.

Quizás ha sido una cierta mala conciencia colectiva con respecto a los acontecimientos que se conmemoraban la que ha impedido -afortunadamente- que la celebración del descubrimiento y de la conquista de América revistiera un tono triunfalista que hubiera estado totalmente fuera de lugar. Pero no hay duda de que se ha perdido una oportunidad histórica de hacer una sana revisión sobre lo que supuso para España la aventura americana, con sus luces y sus sombras. Salvo algunos acontecimientos excepcionales, entre los que cabría mencionar determinados gestos de la Iglesia jerárquica reconociendo públicamente algunos errores históricos de la conquista y la evangelización, esa reflexión y esa revisión no han tenido lugar. Se ha perdido, pues, la ocasión de hacerlo, sin triunfalismos, pero también sin anacronismos ingenuos: reconociendo los abusos cometidos, pero evitando al mismo tiempo juzgar la conquista, colonización y evangelización de América con categorías actuales, como si todo debiera haber sido hecho con los criterios y la mentalidad de hoy (2).

La II Cumbre Iberoamericana celebrada en Madrid, continuación de la celebrada en Guadalajara (3), podría ser enmarcada dentro de la celebración del Quinto Centenario. Ha constituido un momento decisivo para la consolidación de una cierta conciencia colectiva y coordinada de este grupo importante de países. Pero se ha desaprovechado, en cambio, una excelente ocasión para hacer gestos efectivos -no puramente retóricos- de apoyo y ayuda a los pueblos de América Latina. Y desde luego, la Cumbre ha pasado bastante desapercibida ante la opinión pública, deslumbrada por el esplendor de la Expo y de la Olimpíada.

Sin duda han sido estos dos acontecimientos, junto con el Madrid cultural, los que han cargado con todo el protagonismo del 92. Por eso queremos exponer algunas opiniones, aunque sean fragmentarias y nos exponamos a repetir ideas ya expuestas en otros medios, a propósito de los citados acontecimientos.

La Expo

Algo tan complejo y tan cargado de ambigüedad como es la Expo no puede ser despachado con valoraciones simplistas. Por eso intentaremos enumerar algunos elementos para una reflexión crítica y matizada. Y lo hacemos "con temor y

(2) Véanse las reflexiones de JUAN A. ESTRADA, 1992, *¿Quinto Centenario de qué?*, Cuadernos Fe y Secularidad, Madrid.

(3) Véase el análisis de la misma de Jaime Loring en el citado nº 185 de nuestra RFS.

temblor'', con la conciencia de que es difícil criticar a la Expo en medio de tanta alabanza. Pareciera que no se es buen español si uno no se une a esos coros laudatorios.

Hay que comenzar reconociendo -y lo hacemos con gusto- que la Expo ha sido un *éxito de organización*. A ello han contribuido todos: desde el gobierno, que no ha regateado recursos humanos y económicos, hasta el público en general (sobre todo, el español y, desde luego, el sevillano...). Gracias a la Expo (y también a la Olímpada) los españoles hemos recuperado algo el orgullo nacional y hemos compensado esa especie de complejo de que no somos capaces de hacer nada serio de forma correcta.

En segundo lugar, la Expo ha constituido un *acontecimiento cultural* inigualable. Principalmente, desde este punto de vista, ha sido un rotundo éxito. La isla de la Cartuja ha representado la mayor concentración de productos culturales del mundo, puestos a disposición de todos sus visitantes. Y el público lo ha apreciado así con su masiva presencia y sus pacientes esperas en colas interminables. Pero era llamativo el contraste entre estas largas esperas y la rapidez vertiginosa con que mucha gente pasaba luego ante auténticas obras maestras del arte. ¿Es esto una expresión más de esa inevitable ambigüedad de tantos fenómenos de masa (recuérdese la exposición de Velázquez en Madrid hace unos años)? (4).

La Expo ha sido también, un gran *acontecimiento festivo, lúdico*. Esa dimensión ha sido sin duda una de las claves del éxito ''sevillano'' de la muestra. Ha sido como una feria de abril sobredimensionada en el espacio y en el tiempo: en ella, como ocurre todos los años en menor escala, el público sevillano tan aficionado a la fiesta y a ''la bulla'', ha sido el gran anfitrión y al mismo tiempo el principal protagonista. Esta es la perspectiva más adecuada para entender la polémica suscitada en Sevilla por la limitación de los pases de temporada.

Pero la Expo ha sido además una faraónica *operación de imagen*, donde ha quedado en evidencia como en ningún otro sitio que la muestra es una civilización de la imagen. Este hecho, ya muy recalcado, ha constituido sin duda uno de los elementos definitorios de la Expo. Y también aquí cabe hablar de ambigüedad. Porque, a pesar de los valiosos contenidos de la muestra, ¿no han sido las formas lo que más se ha cuidado y lo que más ha atraído la atención del visitante? En verdad, ¿no han sido el marketing, la presentación y el envase más importantes que el contenido? La Expo ha sido no sólo una exposición universal; ha sido también, y quizás más, un gran parque de atracciones.

La celebración de la exposición de Sevilla exige, por otra parte, un *balance económico*. Y tampoco aquí está faltando la polémica. Quizás habría que comenzar resolviendo ciertos problemas conceptuales, tales como: qué se considera gasto y qué inversión; qué partidas sólo son atribuibles a la Expo y son por tanto efímeras y cuáles

(4) Véase en este mismo número la colaboración de Feliciano Delgado sobre el tema.

representan una mejora de las infraestructuras locales o regionales; qué ingresos efectivos se han producido por los distintos conceptos etc. Sería preciso también medir los efectos indirectos e inducidos de los gastos e inversiones de la Expo: no sólo por los indudables incrementos de renta que ha generado sino también por la "venta" de imagen pública de España y, en particular de Andalucía y Sevilla, que ha supuesto para eventuales clientes o inversores nacionales o extranjeros.

En todo caso, la Expo ha supuesto para Andalucía una potenciación de las *inversiones en infraestructuras*, concentrada en pocos años. Han sido muchas las voces que se han levantado en contra. Creemos que el grado de razón que les asiste a cada una es diverso. No carecen de razón los que se quejan de su desigual distribución en el territorio andaluz, que ha venido a acentuar el ya marcado centralismo sevillano. Menos razón tienen los que, desde determinadas regiones españolas, protestan por esta concentración "meridional" de las inversiones: no estaría de más que recordaran que los desequilibrios de partida eran tan grandes que ni siquiera ahora han llegado a ser compensados.

Lo que muchos cuestionan, y no sin razón, no es el hecho mismo de las inversiones masivas en el Sur sino la orientación concreta que se les ha dado. Es cierto que construir siete puentes en Sevilla, acondicionar la isla de la Cartuja o levantar toda la infraestructura del AVE no es tirar el dinero. Lo que no está nada claro es si España está en disposición de permitirse esos lujos. No olvidemos que todavía no habían sido desmontadas las instalaciones de la Expo y ya se multiplicaban las voces de alarma gubernamentales exigiendo, e intentando imponer, una drástica *política de austeridad*. ¿No hay aquí una flagrante contradicción con la política que se ha seguido para sacar adelante la Expo y la Olimpiada? ¿Estaba nuestro país en condiciones de afrontar esos gastos y de asumir esos compromisos? ¿No hemos estado viviendo, irresponsablemente, por encima de nuestras posibilidades?

Es cierto, por otra parte, que el 92 ha servido para paliar, aunque sea transitoriamente, la grave crisis por la que atravesaba el *sector turístico*. Pero esta mejora coyuntural ¿logrará mantenerse en años sucesivos? No hay duda de que el dinero ha afluído hacia Sevilla (y hacia Barcelona). Pero ¿no lo ha hecho en forma tan descontrolada que ha dado ocasión para toda clase de abusos, especulación, oportunismo de los "vivos" de turno que han querido hacer dinero de forma rápida?

La Olimpiada

Ha sido el segundo gran acontecimiento del 92. Su repercusión mundial ha sido considerable, incluso mayor que la de la Expo, gracias al papel de la televisión, y a los fuertes componentes competitivos que encerraba.

A la Olimpiada de Barcelona podrían aplicarse muchas de las consideraciones que

preceden referentes a Sevilla. También puede hablarse aquí de *éxito de organización* y, al mismo tiempo de excelente operación de imagen. Especial mención merecen a este respecto los lucidos y acertados actos de inauguración y clausura, que han representado la recuperación de la estética frente a la tecnología, y el triunfo de la sensibilidad latina y mediterránea.

Si consideramos los aspectos estrictamente deportivos hay que felicitar por el indudable *éxito del equipo español*. El medallero ha colmado con creces las expectativas. ¡Lástima que tras algunos triunfos haya corrido demasiado dinero público para apoyar económicamente a muchos atletas a lo largo de su preparación! ¿No cabría preguntarse de nuevo si no hemos estado viviendo, también en el terreno deportivo, por encima de nuestras posibilidades? La pregunta queda justificada a la vista de los escasos recursos que se destinan en España a la promoción del deporte de masas (frente a estos deportistas de élite que van a los Juegos Olímpicos). ¿Habrá servido la Olimpiada para desencadenar una nueva política de promoción del deporte a todos los niveles? ¿O también aquí habrá que plegarse de inmediato a la dura realidad de la austeridad?

Como en Sevilla, también en Cataluña las inversiones han sido cuantiosas. ¿Y justificadas? Barcelona no sólo ha mejorado considerablemente su infraestructura urbana; se ha encontrado además con unas excelentes *instalaciones deportivas*, tan bellas artísticamente como adecuadas para la práctica del deporte y para que éste sea verdadero espectáculo. ¡Ojalá que el éxito deportivo del equipo español y el eco nacional y mundial de los Juegos Olímpicos sirvan como incentivo para las inversiones deportivas y como estímulo para aumentar la práctica de los deportes!

Resumiendo, la Olimpiada de Barcelona, al igual que la Expo de Sevilla, han sido expresión quintaesenciada y *símbolos muy expresivos de nuestro tiempo*: capacidad organizativa, cultura de masas, acontecimiento lúdico y festivo, operación de imagen...; pero también civilización del derroche y del crédito (gastar más de lo que se puede), del auge de lo audiovisual, de la importancia de las apariencias y del marketing, del oportunismo y de la especulación, etc. etc. ¿Y no habrá tras todo ello un ocultamiento, más o menos intencionado, de los verdaderos grandes problemas de nuestro tiempo?

Madrid capital cultural

El acontecimiento cultural madrileño ha sido, sin lugar a dudas, el que ha pasado más desapercibido de los tres. Indudablemente durante estos meses Madrid ha dejado de ser capital, cediendo su lugar a Barcelona y Sevilla. Pero esta falta de relevancia ¿es sólo la consecuencia de la espectacularidad de la Expo y de la Olimpiada? Probablemente no.

De hecho no estaba definido con claridad *cuál era el modelo o el proyecto* de esa capitalidad cultural. Y eso ha contribuido a que se difumine dicha celebración. Parece mentira, además, que no haya habido una mayor coordinación de los acontecimientos del 92, circunstancia que ha perjudicado particularmente a los acontecimientos de Madrid. Da la impresión de que tampoco en este ámbito faltaron ciertos personalismos, del estilo de los que tantos problemas crearon en la Expo sevillana.

También en Madrid los grandes acontecimientos, culturales, exposiciones etc. han tenido una *lectura ambivalente*. Una exposición como la de Ribera, por citar un ejemplo, pone de relieve el hecho increíble de que a esa gente que forma inmensas colas no se le ocurre luego esperar media hora en un día ordinario para entrar en el Museo del Prado. De nuevo aquí estamos ante esa lógica ya mencionada de los fenómenos de masas, con matices sociológicos de contagio que sería muy interesante analizar. El concepto mismo de cultura que se maneja es sumamente confuso y, por eso, el "Madrid cultural" es un proyecto ambiguo.

Conclusión: La "Resaca" del 92

¿Qué va a ocurrir ahora, una vez concluidas las celebraciones del 92? Una primera pista para responder a esta pregunta la tenemos en lo que ya estamos oyendo a distintos representantes del Gobierno sobre la crisis económica y la consiguiente austeridad. Todo hace prever -y los presupuestos generales del Estado lo corroboran- que el camino que se abre ante nosotros para 1993 va a ser duro. Porque se anuncia un año cargado de incertidumbres y de negras perspectivas económicas, un año en que parece vamos a reencontrarnos con esa realidad que ha sido mágicamente ocultada tras la gigantesca operación de imagen a la que ya nos hemos referido. ¿No va a ser, entonces, el 93 la consecuencia del 92, el momento de recoger los frutos de lo que habíamos sembrado?

Como complemento al discurso sobre crisis y austeridad es probable una campaña orientada a generar expectativas favorables entre una población que se ha prestado a "jugar el juego" montado por el Gobierno y ahora ve cómo se le caen las vendas de los ojos... Pero habrá que ver si esta nueva iniciativa no va a provocar el efecto contrario: ante el desvanecimiento de esa gran promesa simbólica de bienestar colectivo, la población podría sentirse, no sólo engañada y frustrada, sino hasta dispuesta a vengarse electoralmente en las próximas elecciones (de las que ahora, curiosamente, apenas se habla...).

En esa línea de crear nuevos retos movilizados de la sociedad podría situarse Maastricht: según el Tratado de Unión Europea aprobado en la ciudad holandesa y a pesar de sus múltiples avatares, en 1997 o, a más tardar, en 1999 habremos conseguido -gracias a la mágica convergencia- situarnos entre los países de cabeza de la Europa

próspera. ¿No habría que evitar que este nuevo proyecto colectivo, presentado como un reto mágico e ilusionante, actuara también como pantalla para ocultar nuestra realidad en una nueva operación de huida hacia adelante? La experiencia del despertar colectivo en estos últimos meses del 92, ¿no exige tratar con más respeto a la sociedad española y abrir un verdadero debate público en el que se sopesen las ventajas, pero también los costes y pasivos de dicho proceso?

Y no podemos terminar sin recordar al que ha sido tan pretendidamente olvidado a lo largo de este año, quizás para que no "estropeara la fiesta": el punto de vista de "los del otro lado". Ya Ignacio Ellacuría lo denunciaba antes de su muerte: "... en América Latina la verdad es que el quinto centenario, en cuanto tal, no le interesa prácticamente a nadie. Y ello, a mi modo de ver, es lo mejor que puede suceder (...). Naturalmente intentaremos que nuestra crítica no se produzca de forma destructiva, pero lo que no vamos a poder tolerar es que se repita, ahora conmemorativamente, lo que realmente pasó en la historia" (5). Más recientemente Rigoberta Menchú, flamante Premio Nobel de la Paz declaraba: "Para nosotros la celebración de Colón es un insulto" (6).

Pero no tememos que ir tan lejos. En nuestra propia Europa el 92 está siendo también el año de una guerra interminable entre serbios, croatas y bosnios, a la que asistimos impotentes mientras hablamos y soñamos con la unidad europea. Y en la misma España escuchamos cada día noticias de magrebíes que son expulsados de nuestro país o mueren trágicamente antes de llegar a sus costas, como un grito desesperado contra nuestra imparable carrera hacia niveles de bienestar que nunca nos parecen suficientes. Y mientras tanto, y siempre invocando la austeridad necesaria, el Ministerio de Asuntos Exteriores "se ve en la obligación" de reducir la partida presupuestaria de cooperación para el desarrollo...

(5) IGNACIO ELLACURIA, 19920, *Quinto Centenario América Latina ¿descubrimiento o encubrimiento?*, Cristianisme i Justícia, Barcelona.

(6) Time, oct 26, 1992, p. 44.